



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Universidad de la República
Facultad de Psicología
Instituto de Psicología Clínica

Trabajo Final de Grado- Monografía

***El trabajo en el siglo XXI. El paradigma del éxito
desde un enfoque psicoanalítico***

Estudiante: Daniel Saúl Elenberg Mirkyn

C.I. 3.892.675-9

delenberg@movinet.com.uy

Docente Tutor: María Nelly Rodríguez Ricciuto

mnelly@psico.edu.uy

Fecha de Presentación: 30 de octubre 2015

Montevideo, Uruguay

Indice

Resumen.....	3
1. Introducción.....	4
2. Múltiples visiones acerca del trabajo	6
3. El trabajo en la concepción freudiana.....	8
3.1. La importancia del concepto sublimación	10
3.2. Pulsiones, sublimación y formación reactiva	15
3.3. El ideal del yo y el superyó	17
3.4. El ideal del yo laboral: Narcisismo y sociedad	19
4. El trabajo en autores neofreudianos	22
5. Trabajo y modernidad tardía	24
5.1. El éxito y el fracaso.....	25
5.2. El éxito y la generación Y	27
5.3. El éxito y las patologías asociadas al trabajo	30
5.4. El éxito y el desempleo	34
6. Conclusión.....	36
Referencias bibliográficas	39

Resumen

La presente monografía tiene como finalidad, recorrer algunos textos de Freud que aportan a la noción de trabajo, así como también algunos conceptos asociados que fueron retomados por autores posteriores. Entre ellos se destaca la noción de sublimación que aparece a lo largo de la obra freudiana, y se considera fundamental en relación al trabajo.

Se pretende analizar cómo en el marco de la modernidad líquida, la cultura de la excelencia se impregna en todos los ámbitos de los individuos. Las consecuencias de la hipervaloración del éxito son variadas, entre ellas la aparición de nuevas patologías asociadas al trabajo, producto de incongruencias y convergencias entre los ideales individuales y organizacionales; así como también una forma particular de vivir el desempleo, donde se aprecia la culpabilización como autocastigo.

El éxito y el fracaso son dos polos de opuestos, en los que el primero se asocia a la imagen positiva ante la sociedad, y el segundo a la exclusión. Ambos conceptos se anidan al de trabajo, donde el éxito suele ser momentáneo y la posibilidad del fracaso estaría latente, ante la posibilidad de la pérdida del trabajo.

Ante esta realidad, algunos autores describen las características de los integrantes de la denominada *generación Y*, y su vinculación a lo laboral como nuevos trabajadores. Se afirma la existencia de un tipo especial de pensamiento, que corre a la actividad laboral de su papel regente y articulador como se apreciaba anteriormente.

Palabras claves:

Psicoanálisis, Trabajo, Éxito, sublimación, *generación Y*

1. Introducción

Múltiples sentidos son los que pueden adquirirse, en relación al Trabajo y la visión que se tiene acerca de él. Se ha afirmado frecuentemente la frase “el trabajo dignifica”, dándole una carga positiva a dicha actividad. Pero no se puede obviar el origen del vocablo, que proviene de la palabra en latín “tripalium” que era un instrumento de tortura, y que posteriormente se modificó a “trebajo” y “trabajo”, vinculándose al concepto de Labor (El Castellano.org, s.f.). Otros analistas señalan el papel relevante, que ocupa el trabajo en la vida de los seres humanos. Se describe incluso una concepción de origen protestante, basada en la larga permanencia de la persona en un trabajo, y vinculada al ahorro. La vertiente marxista es crítica en cuanto al trabajo, como forma de explotación de unos sobre otros. Esta concepción está basada en las características del trabajo en la sociedad capitalista. Por tanto las diferentes acepciones del trabajo transitan un abanico que van desde visiones optimistas acerca de su papel en la vida de los hombres, hacia otras que describen al trabajo como un padecimiento debido a las condiciones y medio ambiente laborales desfavorables.

El siglo XXI ha marcado la incidencia de cambios profundos y rápidos, tanto en los procesos de trabajo, como en las tecnologías aplicadas a la producción de bienes y servicios. Es de destacar el desarrollo de nuevos medios de comunicación masivos e interpersonales, en los que se ha generalizado su uso. Las transformaciones no paran, los cambios son permanentes. Ante esto la concepción predominante en el mundo del trabajo, es la cultura de la excelencia, donde se promueve el éxito como forma de gratificación. Debido a ello el trabajo es abordado desde diferentes disciplinas, que aportan diferentes puntos de vista.

Desde la Economía el trabajo es analizado por diferentes teorías, con un desarrollo profuso de la teoría marxista, que caracteriza a las relaciones de trabajo como la explotación de unos sobre otros. Desde la Sociología el trabajo es descrito como un elemento de relevancia en el proceso de socialización, iniciando un paso que permite la independencia económica. Para la Antropología el trabajo ha sido a lo largo de la historia una actividad de relevancia en los pueblos. El texto de Freud “Totem y Tabú” ha significado un recorrido para el análisis de la iniciación en la humanidad del trabajo y la familia. El parricidio en la horda primitiva, permitía una nueva redistribución del poder, el reparto de mujeres, con el consiguiente movimiento, que no era más que volver a la situación anterior. Para Marcuse (1983) con este acto se establecieron tabúes y deberes hacia la comunidad, entre ellos el deber del trabajo, a los efectos de

satisfacer las necesidades del grupo. Para el Derecho el trabajo es una actividad reglamentada, en la que se establece un contrato explícito entre el obrero/trabajador y su empleador. Este contrato habilita al trabajador a acceder a ciertos derechos y cumplir con determinadas obligaciones. Sabido es el papel de la escritura en la modernidad, donde lo que se plasma en lo escrito cobra relevancia y adquiere característica de permanencia.

Desde la Psicología se aborda el trabajo como una actividad que vincula a los individuos con la sociedad, caracterizándolo como un ser social. Así como desde lo jurídico se establece el contrato de trabajo, desde la Psicología se maneja la idea de contrato psicológico. Pero la Psicología participa y aporta en el estudio de diversos fenómenos, como ser los procesos de inserción laboral, la medición de satisfacción laboral, el análisis de clima laboral, relevamiento de necesidades de capacitación, condiciones y medio ambiente de trabajo, modelos identificatorios, preparación para el egreso entre otros. Otras corrientes de la Psicología realizan distintos aportes, tal es el caso de la teoría de la motivación de Maslow (citado por Chiavenato, 1994), quien sostiene la idea de la jerarquía de las necesidades humanas (necesidades fisiológicas, de seguridad, sociales, de estima y de autorrealización). El trabajo estaría asociado con las necesidades de autorrealización que se encuentran en lo más alto de la pirámide, siendo las de mayor complejidad. Para el Psicoanálisis el trabajo sería un elemento constituyente de la identidad, y un recurso de canalización pulsional, fundamentalmente a través de la noción de sublimación. Desde la Psicología evolutiva se destaca al trabajo como una actividad distintiva de la etapa adulta. El adulto además de disponer ciertas condiciones biológicas, ya estaría preparado para asumir responsabilidades, entre ellas la de acceder al mundo laboral. Si bien hay otros aportes y concepciones relativas al trabajo de diferentes corrientes psicológicas, interesa profundizar en la vertiente psicoanalítica.

En el Psicoanálisis el concepto de trabajo se intrinca con otras connotaciones, como ser trabajo de sueño, trabajo analítico. De acuerdo a lo que indica Plut (1996) el término alemán "Arbeit" que se traduce por trabajo, compone diferentes nociones que Freud desarrolla como ser: trabajo del duelo, de elaboración, del sueño, del chiste. En estos casos se describen procesos en los que participan la pulsión, su procesamiento defensivo y las diferentes estructuras psíquicas. Esta noción refleja que la concepción de trabajo está anidada a la de transformación, donde confluyen aspectos visibles y otros latentes.

El interés de esta monografía radica en describir algunos conceptos psicoanalíticos vinculados al trabajo, y como se intrincan en las características del trabajo contemporáneo, siendo este atravesado por la concepción reinante de la excelencia. Se busca problematizar como este pensamiento se ha ido instituyendo, y como han emergido otras ideas que relativizan la supremacía del modelo del éxito, especialmente con el surgimiento de la *generación Y*. Si bien algunos autores como Melanie Klein (que introduce el concepto de reparación), Jacques Lacan y Donald Winnicott realizan aportes al tema desde una perspectiva psicoanalítica, quedan excluidos del análisis, centrándonos en los aportes freudianos y neofreudianos.

2. Múltiples visiones acerca del trabajo

Muchos autores coinciden en señalar al trabajo como una actividad reguladora, central en la vida de los individuos en la sociedad occidental. El trabajo se ha transformado en el criterio y norma de integración social por excelencia (Araujo, 2002), fundamentalmente desde los comienzos de la industrialización. Provee de recursos económicos para la supervivencia, pero además confiere una identidad social de gran relevancia. Esa identidad se va construyendo en el seno de las interacciones familiares, sociales y profesionales, permitiendo que muchas veces se reconozca a una persona por su vinculación a una determinada organización laboral. De varias entrevistas realizadas a personas desocupadas, Araujo (2002) infiere que en el discurso se expresa que el trabajo dignifica al ser humano. Se le otorga por tanto un valor de relevancia, a pesar de que se reconoce las dificultades que se padecen.

Para la concepción tradicional marxista, el trabajo es en primer lugar un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en el que el hombre media, regula y controla el metabolismo con la naturaleza. Engels (2000) otorgaba al trabajo un papel relevante, siendo este la condición básica y fundamental de toda la vida humana. Marx (1994) entendía al trabajo como instancia de degradación y alienación del hombre, toda vez que éste no intervenía en el proceso, ya que trabajaba por el salario y para el salario. Por otra parte introduce la noción de proceso laboral en el que describe los siguientes elementos: la actividad orientada a su fin (el trabajo mismo), su objeto y sus medios. Estas características descritas por Marx refieren a la noción de trabajo en la sociedad capitalista, por lo cual queda teñido de negatividad.

Una visión que retoma algunas concepciones freudianas y las cuestiona, es la de Marcuse (1983), señalando que debido a la realidad de la escasez, el trabajo es necesario, de forma que el placer queda suspendido. La satisfacción en el trabajo

diario, sería un raro privilegio, ya que el trabajo que creó la civilización, fue trabajo doloroso, con esfuerzo, enajenado y miserable. Con estas características el trabajo de forma poco probable gratifica las necesidades y aspiraciones individuales. En el trabajo la libido es desviada para que actúe de una manera socialmente útil, estando el individuo comprometido con actividades que por lo general no coinciden con sus propias facultades y deseos. Por tanto aquí parece relevante tomar en cuenta que ocurre con el trabajo, ligado a la vocación o a la elección. En la actualidad el acceso a los estudios superiores se ha ido ampliando, permitiendo una expansión de las carreras universitarias. Los jóvenes van recorriendo un trayecto con el objetivo de que al finalizar su carrera, obtengan un empleo relacionado con su vocación. No obstante el trabajo liga a la persona con el ámbito laboral, a través de una remuneración y con ciertas condiciones de empleo, más allá de elecciones propias o elecciones por necesidad.

Para Jahoda (1987) los términos trabajo y empleo se mencionan indistintamente, pero el trabajo implica la esencia de estar vivo, es una noción globalizadora que incluye pero no equivale a empleo. De esta forma se pone el acento en que el empleo es una actividad donde la necesidad de obtener recursos económicos es su razón de ser, mientras el trabajo puede estar asociado a una obligación y al deseo. Jahoda (Citada por Buendía, 1990) también introduce la idea de la existencia de funciones manifiestas y funciones latentes del empleo. Las funciones manifiestas (como ser el salario y las condiciones de trabajo) justifican los sentimientos negativos hacia el trabajo, mientras las funciones latentes son aquellas que justifican la motivación positiva hacia dicha actividad.

Neffa (1990) establece que en primer lugar trabajo significa el esfuerzo humano para conocer y dominar el universo, con el fin de apropiarse de sus riquezas. El trabajo es esencialmente un hecho social. Por otra parte distingue tres conceptos en los que entiende es necesario diferenciar (actividad, trabajo y empleo). La actividad es una noción amplia que alude a la forma en que se utiliza el tiempo de vida. La concepción de trabajo se asocia a una actividad realizada por una o más personas, orientada hacia una finalidad. De esta forma el trabajo involucra a todo ser humano poniendo en juego sus capacidades. La noción de empleo alude al caso del trabajo que se realiza para obtener a cambio un ingreso.

Una concepción que toma algunos elementos del psicoanálisis, es la de Dejours. Desde su análisis, a Dejours (1992) sólo le interesa el hombre en situación de trabajo, en plena acción de trabajo. Dejours realiza un exhaustivo desarrollo de cómo

la organización del trabajo, provoca en las personas sufrimiento que se da debido al choque entre las expectativas y deseos de la persona frente a ella. Este sufrimiento de índole mental comienza cuando el individuo en situación de trabajo, ya no puede aportar nada a su tarea. A lo largo del texto “Trabajo y desgaste mental” Describe la evolución de las condiciones de trabajo a lo largo del siglo XX, y el comienzo de todo un área de análisis CYMAT (condiciones y medio ambiente de trabajo).

Desde la mirada de Bauman (2000), el trabajo ha sido la actividad a la cual estuvo abocada la humanidad mientras construía su historia. El trabajo se ha ganado una función clave, decisiva en la aspiración de reemplazar el caos por el orden, de forma que se lo ha vinculado estrechamente con el progreso. El progreso como una característica positiva en la medida que el trabajo permitiría el incremento de la riqueza y la eliminación de la pobreza. Sin embargo el trabajo ha perdido la centralidad que tuvo durante la modernidad, adquiriendo actualmente al igual que otras actividades un significado mayormente estético. Se espera que resulte gratificante por y en sí mismo.

Schvarstein y Leopold (2005) consideran al trabajo como una actividad humana que conlleva cierto grado de energía y es productora de bienes, sean estos económicos, políticos, sociales y subjetivos. Sin embargo los autores señalan que en su gran mayoría, las personas no tienen más remedio que tomar un trabajo que nada tiene que ver con sus deseos y sus intereses. La situación actual de los trabajadores, no debe ser analizada sin tomar en cuenta las condiciones actuales del mercado laboral, y ponen el énfasis del análisis en las organizaciones. Se refieren por tanto al sujeto en situación de trabajo en las organizaciones, y a los procesos de subjetivación producto de las nuevas formas de organización del trabajo.

3. El trabajo en la concepción freudiana

No son muy numerosos los textos de Freud que aluden directamente, a la relación entre el Psicoanálisis y el Trabajo. Sí es el trabajo para Freud una actividad muy importante en la vida de los seres humanos ¿Cuál será el motivo por el cual no profundiza en esta temática? Todo parece indicar que el contexto socio-histórico, lo influyó para abordar otros temas que preocupaban a los europeos. Por lo menos a sus lectores y a sus pacientes (particularmente mujeres). ¿Hubiera sido otra la historia si los niveles de participación de la mujer en el mundo laboral, fueran como en la actualidad? Siendo el ámbito de intervención de Freud la clínica, y teniendo en cuenta que todo su desarrollo teórico técnico se basa en la sintomatología de los pacientes,

cabría esperar un abordaje mayor ante la emergencia de problemas asociados al trabajo en la consulta.

Es necesario analizar en “El malestar en la cultura” algunas nociones que posibilitan un acercamiento al tema. En el mismo, Freud (1930) señala que los seres humanos se esfuerzan por obtener la felicidad y mantener alejado el sufrimiento. Pero las personas se ven necesariamente determinadas a coartar de alguna manera sus pulsiones, debido al influjo de las demandas del mundo exterior. El trabajo como actividad en la cual se imponen ciertas reglas, puede convertirse en una instancia valiosa para la persona, pero también puede tornarse angustiante, frustrante.

...no se puede apreciar de manera satisfactoria el valor del trabajo para la economía libidinal. Ninguna otra técnica de conducción de la vida liga al individuo tan firmemente a la realidad como la insistencia en el trabajo, que al menos lo inserta en forma segura en un fragmento de la realidad, a saber la comunidad humana. (Freud, 1930, p.80)

En esta cita Freud menciona al trabajo como actividad colectiva, que lo asocia a la realidad, lo conduce y lo inserta, dando ya de por sí una idea de pasividad y de no elección de parte de la persona. Sin embargo cuando menciona el valor del trabajo, establece un punto de vista positivo desde la óptica de lo pulsional. El trabajo parece convertirse en un objeto, hacia el cual se dirigen mociones libidinosas, agresivas, eróticas, narcisistas. Posteriormente realiza una afirmación que tiene plena vigencia. Señala que la satisfacción en el trabajo se da cuando ha sido elegida libremente, y que la mayoría de las personas sólo trabajan forzados a ello.

Pero la relación entre lo pulsional y las actividades profesionales ya se esbozan en uno de los textos tempranos de Freud (1904), cuando establece que la curación del enfermo implica el restablecimiento de su capacidad de rendimiento y goce (Freud, 1904). De esta forma la idea de la eliminación de los síntomas, la liberación de los malestares se asocia al trabajo como instancia que “ocupa” el tiempo. En una de las conferencias de 1917 vuelve a introducir esta relación entre lo pulsional y lo social, que será desarrollado más detalladamente en “El malestar en la cultura”.

El motivo de la sociedad humana es, en su raíz última, económico, como no posee los medios de vida suficientes para mantener a sus miembros sin que trabajen, tiene que restringir su número y desviar sus energías de la práctica sexual para volcarlas al trabajo. Vale decir, el eterno apremio de la vida, que desde los tiempos primordiales continúa hasta el presente. (Freud, 1917, p.284-5)

En este apartado parece indicar Freud que el trabajo es un mal necesario, inevitable, siendo un objeto externo al individuo hacia el cual son volcadas pulsiones que no pueden ser satisfechas. La sociedad impone al ser humano una actividad reguladora y organizante en sus vidas. ¿Será que la cultura crea el trabajo para evitar una anarquía pulsional? Desde esta postura el Psicoanálisis parecería centrarse en el aspecto económico, es decir la necesidad de canalizar ya sea a través de la descarga, o la mutación de esas pulsiones mediante fines culturales socialmente aceptables.

En un texto posterior señala que toda cultura descansa en la compulsión al trabajo y la renuncia en lo pulsional (Freud, 1927). La cultura se basa en la no satisfacción, mediante la represión, la sofocación. Sin embargo señala que no es sencillo comprender como se puede sustraer la satisfacción a una pulsión (Freud, 1930). De esta forma introduce una idea que es relevante, en la medida que se establece la dificultad para describir como se da el proceso de transformación de una pulsión, en una expresión tolerable para la cultura. Plut (2004) resume que pensar la actividad laboral desde el punto de vista psicoanalítico supone considerar el valor del trabajo en la economía psíquica, la importancia de la actividad en su relación con la naturaleza y su función en las relaciones intersubjetivas.

Perilla (2002) señala que además de la referencia directa que Freud realiza respecto a la noción de sublimación (tema por excelencia relacionado con el trabajo en la obra freudiana), también hay una descripción del concepto de inhibición laboral, es decir la afección de la enfermedad neurótica sobre las labores del hombre. Freud (1926) define en qué consiste la inhibición laboral y la forma que la misma puede desarrollarse. Allí es que se describe la disminución del deseo de trabajar, la defectuosa realización del trabajo y diferentes reacciones como la fatiga.

Autores posteriores retomarán estos conceptos, e introducirán nuevos puntos de vista, donde el encuadre se ha transferido desde la clínica al ámbito de los grupos, de las instituciones, de las organizaciones. Esto le agrega mayor complejidad en la medida que el Psicoanálisis como disciplina, deberá correrse de su ámbito exclusivo de análisis (el consultorio), dialogar con otras corrientes psicológicas, y con otras disciplinas como la Sociología, la Antropología.

3.1. La importancia del concepto sublimación

Si bien el concepto de sublimación no es un aporte original de la teoría psicoanalítica, ni tampoco exclusivo, toma importancia dentro del desarrollo exhaustivo de la teoría sexual. El origen de la palabra designada por Freud, evoca por un lado lo

sublime lo cual sugiere grandeza, y además retoma la idea que proviene desde la química, donde la sublimación es un término que se utiliza para designar el proceso que hace pasar un cuerpo de estado sólido a gaseoso. Sin embargo no hay en la obra freudiana un texto específico dedicado a analizar el concepto, ni tampoco hay una teoría única y definitiva del mismo. Algunos autores afirman que uno de los textos extraviados de la obra de Freud, estaba dedicado a abordar este concepto. Se trata más bien de una noción que se ha ido construyendo asociada a otros conceptos, así como también diferenciándose de otros, tales como idealización, formación reactiva, represión.

El concepto de sublimación es descripto como mecanismo de defensa y como destino de pulsión. Siguiendo a Tappan (2011), la sublimación puede ser una defensa contra los excesos de las pulsiones, y también puede ser un destino de pulsión, orientada hacia fines no vinculados con lo sexual. Como ejemplo se señala el trabajo psíquico e intelectual, el cual es accesible para pocos seres humanos (Freud, 1930). Se trataría de actividades como la investigación intelectual, las artes, que son actividades a las cuales la sociedad le concede valor.

De acuerdo a Laplanche y Pontalis (1993) estas actividades no guardan relación con la sexualidad, pero hallarían su energía en la fuerza de la pulsión sexual. Se dice que la pulsión se sublima en la medida en que es derivada hacia un nuevo fin no sexual y apunta hacia objetivos socialmente valorados. Estos autores señalan tres problemas que se dan en torno a la definición de este concepto: la relación y el pasaje de lo sexual a lo no sexual, la noción de pulsión que sería lo que transitaría de uno a otro y la valoración social.

Freud (1905) señala que en la sublimación se adquieren poderosos componentes para los logros culturales. Se trataría de un mecanismo que consiste en desviar las fuerzas pulsionales sexuales de su meta, dirigida a nuevas metas. Bornhauser y Ochoa (2013) destacan que desde el “Caso Dora” son dos las características que se destacan en este primer momento de la conceptualización: por un lado la desexualización y por otro la posibilidad de transitar entre tiempos diferentes, desde la sexualidad infantil hasta la actualidad. Es de destacar que en “Tres ensayos de teoría sexual”, el concepto de sublimación (así como también el de formación reactiva) se vislumbró en el capítulo que dedicó a la sexualidad infantil, especialmente en el apartado dedicado al período de latencia. De esta forma queda instaurada la idea que no todas las pulsiones sexuales son plausibles de sublimación, sino que serían las pulsiones pregenitales, aquellas que no logran integrarse en forma

definitiva a la genitalidad (Rodríguez, 1990). Este aspecto le agrega cierta complejidad al análisis, en la medida que el trabajo es por excelencia una actividad del mundo adulto.

En “introducción al Narcisismo” Freud (1914) afirma que la sublimación es un proceso que atañe a la libido de objeto, y consiste en que la pulsión se lanza a otra meta distante de la satisfacción sexual. La sublimación sería un proceso especial, cuya iniciación puede ser incitada por el ideal del yo, pero cuya ejecución es independiente del ideal del yo. Para Laplanche y Pontalis (1993) la transformación de una actividad sexual en una actividad sublimada, requiere de un tiempo intermedio, la retirada de la libido sobre el yo, que posibilitaría la desexualización.

Un año más tarde, Freud (1915) publica el texto “Pulsión y destinos de Pulsión”, adentrándose en el concepto de pulsión, así como también describiendo el par conceptual pulsiones sexuales y de autoconservación, que luego se sustituirá por pulsiones de vida y de muerte. Respecto a las pulsiones sexuales, establece cuatro destinos posibles: El trastorno hacia lo contrario, la vuelta hacia la propia persona, la represión y la sublimación. Sin embargo la noción de sublimación no fue descrita en este texto.

Posteriormente en “Más allá del Principio del Placer”, Freud (1920) afirma que el dominio del principio del placer va a ser refutado por el principio de realidad, que sin abandonar el propósito final del placer, exige y logra el aplazamiento de la satisfacción.

Perilla (2002) señala que el concepto de principio de realidad, cuestionaría aún más la idea de sublimación, pues en esta la satisfacción se plantea como forma directa, y en el principio de realidad la satisfacción es retardada. En la misma línea Marcuse (1983) había señalado que la civilización se apoya en la permanente represión de los instintos humanos, reemplazando la satisfacción inmediata, por una satisfacción diferida. Es el sacrificio de la libido en pos de la cultura, al dejar el principio del placer y asumir el principio de realidad, de esta forma el ser humano que era una maraña de tendencias animales, se convirtió en un ser organizado. En su recorrido por la teoría pulsional freudiana, afirma que al no haber un “instinto de trabajo”, la energía requerida para esa actividad debe ser extraída de los instintos primarios (eróticos y destructivos). En cuanto a su visión sobre el trabajo, señala que el progreso tecnológico ha creado las condiciones para una liberación respecto de la obligación del trabajo, para una ampliación del tiempo libre. De esta forma se permitiría la liberación de las potencialidades reprimidas. Con el surgimiento de una

sociedad diferente no represiva, desaparecería la escasez (modificándose las condiciones del trabajo), y permitiría la transformación del concepto de sublimación, ya que se trataría de una sublimación sin desexualización.

Para Hernández (2013) se requiere sublimar para pertenecer, sublimar para sobrevivir, producir en lugar de amar, producir en lugar de desear. De esta forma se entreteje la lucha entre la cultura y las aspiraciones individuales. Para el individuo implica un costo elevado, resignar al deseo con el objetivo de ser parte del colectivo, y existir.

Uno de los autores posteriores a Freud que aborda el tema de la sublimación es Menninger (citado por Plut, 2004) quien señala que el trabajo es una forma particular y privilegiada de sublimación. De todos los métodos disponibles para orientar las energías agresivas en una dirección útil, el trabajo ocupa el primer lugar. El Yo tiene que dirigir no sólo los impulsos sexuales, sino también los destructivos.

En otro texto, Plut (1996) señala que la cultura y el desarrollo individual reposan sobre excesivas renunciaciones pulsionales. Tales renunciaciones alcanzan a la meta sexual de las pulsiones, pudiendo ejercer la sublimación sobre aquellas, de modo de sortear la denegación del mundo exterior. La renuncia no sería la eliminación de la satisfacción, sino su postergación.

Para Sopena (1990) la concepción freudiana enfatiza en el Yo un papel mediador entre el ello, el superyó y la realidad. En virtud de que la pulsión debe ser admitida por el Yo, aparece la sublimación como un proceso de transformación de la pulsión en una fuerza creativa, a través de la desexualización. Este proceso sería el más apropiado para que la pulsión alcance su realización, y en el que se ejercería mejor la influencia del yo.

En “El yo y el ello” Freud (1923) señala que la trasposición de libido de objeto en libido narcisista implica una desexualización y por tanto una suerte de sublimación. Luego plantea un cuestionamiento al respecto:

¿No es este el camino universal hacia la sublimación? ¿No se cumplirá toda sublimación por la mediación del yo, que primero muda la libido de objeto en libido narcisista, para después acaso ponerle otra meta? (Freud, 1923:p32)

Pero las afirmaciones de Freud, indicarían que algunos empleos tendrían la función de sublimar. ¿Qué ocurre con actividades en las que se requiere que el obrero realice la misma tarea durante horas, semanas, meses y hasta años? Tareas en las

que más que lo intelectual interviene sobremanera el esfuerzo físico. Estas características del trabajo surgido en el modelo Taylorista de la organización científica del trabajo (trabajo repetitivo, en serie, individual), nos permiten aventurar que serían inhabilitadoras para alcanzar un proceso sublimatorio. No obstante quedaría la puerta abierta para la posibilidad, de que para algunas personas esta actividad permita el despliegue de la sublimación. Podría plantearse el caso de individuos en los que las tensiones de las pulsiones provoquen una sensación de displacer, y que encuentra en el trabajo (en este tipo de trabajo particular) una forma de desviar esa tensión.

¿En qué lugar pondríamos al deporte como actividad profesional? En estos casos la energía se canaliza hacia una actividad en la que predomina lo motriz sobre el pensamiento. Podría señalarse una analogía entre la expresión de las pulsiones sexuales, y la realización de la actividad deportiva (especialmente en el fútbol en el que se despliega todo un aspecto cuasi sexual: la penetración y meter un gol, el contacto sexual y los festejos). Más que un adormecimiento de las pulsiones provenientes del ello, hay una descarga a través de otra forma diferente a la sexual, pero donde el cuerpo juega un rol importante. Y si de cuerpo se trata, las profesiones ligadas a la provocación de lo sexual (trabajadores sexuales, bailarinas) también requerirían de otra vía sublimatoria, ya que en la actividad laboral no pareciera ser posible.

No es el objetivo realizar un inventario de las profesiones, y analizarlas junto al concepto de sublimación. Pero tomando como eje el concepto freudiano de sublimación, no podría afirmarse que toda actividad laboral es sublimatoria. De hecho la restricción que afirma Freud acerca de que la sublimación está asociada a un valor social, nos indicaría que quedó atado al concepto que le dio origen. Lo “sublime” asociado a las artes y las ciencias, parecería estar limitando las actividades que podrían considerarse sublimatorias. Establecer un acotamiento y una generalidad plantea algunos inconvenientes.

¿Pueden ser sublimatorias otras actividades que no tengan relación con lo socialmente valorado? Parece ser que aquí Freud se centró en las actividades a las que la cultura le asigna un status, sin tomar en cuenta la singularidad de los individuos. Puede haber otras posibilidades de realización y ser claramente sublimatorias. Freud parece asociar de esta forma sublimación con creatividad, donde la obra del artista como novedad, como creación, adquiere un valor de relevancia, así como también las actividades vinculadas con la investigación y la ciencia.

¿Todas las personas tienen la capacidad de sublimar? La creencia de que la sublimación se da en todas las personas no parece ser viable. El problema se daría en aquellos que no pueden desviar la tensión sexual hacia otros fines culturales, con el riesgo de que se den conductas perversas. La sublimación parece tornarse entonces en un aliado importante de la cultura, ya que los individuos pueden utilizar esa energía proveniente de sus deseos más profundos, pero cuyo fin es un bien para la comunidad. La represión preservaría a la sociedad, pero con el riesgo de que haya en el futuro una nueva “oleada” pulsional que arremeta contra los valores culturales.

La necesidad de que la sublimación como destino de pulsión se de en los adultos, encuentra en el arte y la investigación científica a un pequeño grupo de individuos. Si el arte está limitado para algunos individuos que poseen cierta dosis de genialidad, el trabajo es por el contrario una actividad generalizada en la sociedad occidental, y por ende se transforma en un socio ideal de la cultura. La posibilidad de sublimación en el trabajo dependería entonces de un factor individual (posibilidad de desviar y canalizar las energías sexuales en un nuevo fin) y de las condiciones de trabajo que deberían ser favorecedoras a esto. No es necesario adentrarnos en un análisis pormenorizado para concluir que para millones de personas, el trabajo no es un espacio donde se pueda desplegar la sublimación, sino más bien un lugar donde el individuo lisa y llanamente sufre, se enferma y sobrevive.

¿Se puede mantener la sublimación a lo largo de la vida, o se da en ciertos momentos? Así como los deseos irrumpen por momentos, con la necesidad de una descarga, la sublimación también se despliega por momentos. Si se toma en cuenta que en la concepción freudiana la noción está íntimamente ligada al arte, es notorio que también se vincula a la creatividad en la que el artista dispone de tiempos de brillantez y tiempos de oscuridad. Podría entonces considerarse que los tiempos dependen del carácter de la persona, del momento evolutivo en el que transita. Mantener a lo largo de un período importante la sublimación ¿A qué costo? Aquí entra en consideración la resignación frente a la prohibición social.

3.2. Pulsiones, sublimación y formación reactiva

Se ha señalado en el presente trabajo, que las pulsiones sexuales de alguna forma alimentan con su fuerza a otras actividades del ser humano, que buscan su expresión, su descarga. También hemos destacado que la cultura establece ciertas normas que deben ser respetadas, con el objetivo de una buena coexistencia, y que cuando algunas personas cometen actos indebidos (para la sociedad), los mismos son

castigados. Todo lo que se le permite al amo (el niño) en los primeros años de su vida, ya no es aceptado a medida que va creciendo. Actos eróticos y exhibicionistas que muchas veces son aplaudidos por los adultos, con el correr del tiempo comienzan a ser censurados.

La cultura occidental crea Instituciones en las cuales el niño se va insertando hasta ser un adulto con responsabilidades. De la familia a la escuela, la universidad, el trabajo, las Instituciones religiosas, la cárcel. En ese trayecto existen recorridos en los cuales se desexualiza, se intenta “apagar” las energías libidinales con actividades, pero también con actitudes: la disposición de los salones de clase, la postura del cuerpo, la vestimenta que “tapa” la desnudez del cuerpo. El fomento de la música y las artes son unas vías de sublimación para toda esa energía sexual. Pero las pulsiones también pueden tener un destino diferente a la sublimación. De esa forma Freud introduce el concepto de formación reactiva, que consistiría en una contracatexis de un elemento conciente y opuesta a la catexis inconsciente.

Laplanche y Pontalis (1993) señalan que en la relación entre pulsión y formación reactiva, se da una expresión casi directa del conflicto entre dos movimientos pulsionales opuestos, siendo este conflicto ambivalente desde su nacimiento. Un aspecto de relevancia que afirman, es el hecho de que las formaciones reactivas se construyen durante el período de latencia, etapa en la cual lo erótico parece estar adormecido. Se trataría de una defensa con éxito, ya que los elementos que intervienen en el conflicto, han sido excluidos de la conciencia. En la formación reactiva aparece de forma manifiesta la oposición a la pulsión, que por momentos irrumpe con brusquedad.

Freud (1905) afirma que existe una variedad de sublimación, que es la sofocación por formación reactiva, que comienza en el niño en el período de latencia y continúa el resto de su vida. De esta forma ambos conceptos parecen estar emparentados, siendo difícilmente diferenciables.

Bornhauser y Ochoa (2013) señalan que en este texto, los conceptos de sublimación y formación reactiva se confunden teniendo ambos como función la contención a la expresión de las modalidades sexuales infantiles.

En una nota agregada por Freud en 1915 al texto “Tres ensayos de teoría sexual”, explicita que sublimación y formación reactiva son procesos diversos, lo que parece ser la intención del autor de aclarar al público sobre ambos conceptos y discriminarlos.

Estas ideas sobre los conceptos señalados, nos sugiere algunas interrogantes que parecen ser pertinentes marcarse. Si sublimación implica transformar una moción, mientras formación reactiva es la aparición de una fuerza que aniquila esa moción: ¿Podría asemejarse formación reactiva con represión y sublimación con represión? En la medida que la aparición de una carga opuesta impide la expresión de una moción afectiva, formación reactiva parecería ser similar a la represión. Es un mecanismo que impide la expresión de los deseos profundos y los saca del camino. En relación a la sublimación podría ser discutible en la medida que la pulsión se expresa aunque se muda, parece ser más bien un camino que elude la represión. Freud (1914) indica que la sublimación constituye una vía de escape que permite cumplir la exigencia sin dar lugar a la represión. Bornhauser y Ochoa (2013) afirman que desde su punto de vista hay represión en la sublimación y que específicamente se trataría de la represión primordial descrita por Freud.

¿Pueden los procesos de sublimación y formación reactiva coincidir? ¿Pueden mociones agresivas sublimarse? La sociedad requiere dominar las pulsiones libidinosas con el fin de evitar el caos, organizando a los individuos ocupados en tareas que lo hagan menos “salvaje”, menos instintivo y más racional. Ocupación de tiempos y espacios, garantizará una cultura ordenada, libre de perversiones, de excesos. Pero las mociones agresivas que buscan su expresión pueden tornarse dañinas para una sociedad que se considera en regla y establecida. La cultura debe defenderse de esas expresiones, siendo la sublimación un proceso que dirige la energía agresiva hacia prácticas socialmente aceptables. Retomando lo que plantea Laplanche (1998), para este autor la sublimación sería como la trasposición de la energía sexual de muerte en energía sexual de vida. No sería un proceso aparte, sino el proceso normal de aculturación, a través del cual el yo intenta desarticular al ello, transponiendo por partes las pulsiones de muerte en pulsiones de vida. Para Perilla (2002) la concepción de Marcuse acerca del principio de placer y principio de realidad, implica la desviación de las fuerzas destructivas debido a su incompatibilidad con las normas, observándose la transustanciación del placer mismo.

3.3. El ideal del yo y el superyó

Si bien ambos conceptos son desarrollados de forma diferente, a veces se interponen y confunden. El ideal del yo constituye un modelo al que el sujeto intenta ajustarse (Laplanche y Pontalis, 1993). Doucet (1975) afirma que la concepción que

sigue a Adler establece que el Ideal del Yo son ideas o imágenes directrices que se imponen a través del ejemplo de la persona que educa.

Ese ideal o ese modelo hacia el cual los sujetos desean acercarse, marca el camino del tránsito hacia la cultura. Pero la cultura no es estática, sino que esos ideales, se van modificando en el correr de las diferentes etapas evolutivas por las que transita la persona y a lo largo del tiempo. La sociedad requirió establecer ciertos ideales que le han permitido organizarse. Este imaginario esperable muchas veces choca con los objetivos personales, con el deseo de la persona.

Freud (1914) afirma que la formación del ideal del yo aumenta las exigencias del yo, y es el más fuerte favorecedor de la represión. En ese mismo texto establece que la incitación para formar el ideal del yo, partió de la influencia de los padres, los maestros, educadores. El establecimiento de la conciencia moral, fue una encarnación de la crítica de los padres primero y luego de la crítica de la sociedad.

En un texto posterior “El yo y el ello”, Freud (1923) considera que el ideal del yo es la herencia del complejo de Edipo, siendo la expresión de potentes mociones. Afirma que el yo se apodera del complejo de Edipo y se somete al ello. El yo se convertiría en representante del mundo exterior, mientras el superyó se le enfrenta como abogado del mundo interior, del ello.

Laplanche y Pontalis (1993) afirman que la eficacia del ideal del yo colectivo proviene de la convergencia de los ideales del yo individuales.

Para Araujo (2002) se puede establecer la existencia de un ideal del yo social:

Podríamos hablar del “ideal del yo” y del “ideal del yo social” que se define a través de un sistema de normas a cumplir; su contrario es decir la no posibilidad de cumplir este “ideal del yo” comporta la estigmatización y la desvalorización social. (Araujo, 2002, p.32)

En relación al surgimiento del superyó, Freud (1923) señala que el mismo conservará el carácter del padre, de forma que la intensidad del complejo de Edipo y la influencia de la educación determinarán la rigurosidad del mismo. Por otra parte al considerarlo como heredero del complejo de Edipo, implica que hay una identificación y por ende una desexualización, una resignación de las metas sexuales. Detalla que la resignación de las metas sexuales se aprecia en la transformación de la libido de objeto en libido narcisista, siendo una suerte de sublimación.

Laplanche y Pontalis (1983) afirman que Freud considera la conciencia moral, la autoobservación, la formación de ideales como funciones del superyó. Se trataría de una instancia que se ha separado del yo, y que parece dominar a este. El superyó adquiere para el sujeto valor de modelo y función de juez. De acuerdo a lo que Freud conceptualiza en “El yo y el ello”, el superyó comprende las funciones de prohibición y de ideal. Por otra parte señalan la idea de Freud, de que el superyó del niño no se forma a imagen de los padres, sino a imagen del superyó de estos, convirtiéndose este en el representante de la tradición. El superyó se ha formado como una instancia mediadora entre el ello y el mundo exterior.

Freud (1930) profundiza la relación del superyó con las otras instancias, definiendo a la conciencia de culpa, a la tensión entre el superyó que se ha vuelto severo y el yo. De esta forma la cultura controla al individuo y lo vigila. Es de relevancia señalar la analogía que establece entre la cultura y el individuo, afirmando que la sociedad también plasma un superyó. ¿Podría afirmarse que la distancia entre el ideal de las personas con el ideal de la cultura está vinculada con la distancia existente entre el superyó de las personas y el superyó cultural? Aquí nuevamente los conceptos de ideal del yo y superyó se vinculan y se mezclan.

Mejía (1999) realiza un análisis del surgimiento de los conceptos de ideal del yo y superyó en la obra freudiana. Allí señala que el ideal del yo se hace acreedor de todas las perfecciones valiosas a las que el sujeto aspira, estableciéndose una distancia entre el yo y sus ideales. La autora alude al texto “Psicología de las masas y análisis del yo”, estableciéndose dos momentos: un primer tiempo en el cual el sujeto prescinde del otro y un segundo momento en el cual el sujeto integra al otro como modelo, objeto, auxiliar, adversario. El contenido del ideal del yo no sería sólo individual, sino que también sería social, construyéndose a través del ideal de otros. En relación al concepto de superyó, afirma que Freud le atribuye la función de observar y vigilar los pensamientos, comparando estos con sus ideales. El superyó siempre tendrá razones para castigar al sujeto, ya que éste nunca podrá estar a la altura de sus ideales.

3.4. El ideal del yo laboral: Narcisismo y sociedad

El mito de Narciso ha sido utilizado por Freud, como una herramienta para conceptualizar algunas nociones fundamentales de su teoría. Freud (1914) señala que en el narcisista, lo que la persona proyecta frente a sí mismo como su ideal, es el

sustituto del narcisismo perdido de su infancia, en la que él fue su propio ideal. Laplanche y Pontalis (1993) afirman que el concepto de narcisismo existía ya antes de la publicación del texto “Introducción al Narcisismo” de 1914. Como elemento de relevancia se establece la presencia de una fase de la evolución sexual intermedia entre el autoerotismo y el amor objetal.

Freud (1914) realiza una primera distinción entre libido yoica y libido de objeto. Ambas se encuentran juntas en el estado del narcisismo, y que sólo con la investidura de objeto se vuelve posible diferenciar una energía sexual (la libido) de una energía de las pulsiones yoicas. Por otra parte afirma que ciertas personas no eligen su posterior objeto de amor según el modelo de la madre, sino según el de la persona propia. Se buscan a sí mismos como objetos de amor, sería una elección de objeto narcisista.

En los tiempos actuales, el repliegue hacia sí mismo parece ser entendible, debido a los cambios radicales que se aprecian. El individualismo es marcado, donde lo que se fomenta es la inmediatez, la satisfacción en el “lo antes posible” y donde el mercado laboral se ha convertido en una selva peligrosa y devoradora. Esa vuelta hacia uno mismo, a un lugar donde el individuo se siente refugiado, donde puede admirarse, quererse, amarse. La cultura occidental moderna promueve cada vez más espacios individuales para el consumo. Y no sólo de elementos materiales, sino también de lo intangible.

Pero el problema se da cuando lo que hay es un exceso. Los límites entre lo aceptable y lo excesivo no están claros. Así como se establece la noción de ideal del yo social, es justificable la introducción de un concepto que estaría incluido en aquel, y sería el ideal del yo laboral. El ideal del yo laboral constituiría lo que la cultura asigna como valor asociado al trabajo, y lo esperable para ese momento histórico. El ideal del yo laboral ya no se relaciona tanto al trabajo en equipo, a las relaciones fraternas, al cooperativismo, a la defensa de los derechos de los trabajadores. Ese ideal en la actualidad está más asociado a la competencia, a la capacitación, al trabajo individual donde las personas están inmersas en sus pantallas (computadoras, teléfonos, televisores y otros).

El ideal del yo laboral en la actualidad parecería estar asociado a la imagen. Así como Narciso contemplaba su imagen en el reflejo del agua, los individuos se visualizan en el espejo de acuerdo a los ideales de lo venerado en la sociedad. El ideal colectivo se internaliza, se acepta y se busca acceder a ese ideal. Pero la realidad muestra que no todos pueden llegar a ese ideal, por lo cual la distancia entre lo deseado y lo accesible podría generar conflictos, frustraciones, enfermedad. ¿Se

podría hablar de herida narcisista al darse esta imposibilidad de obtener lo que se desea? La herida tiende a explicarse en la pérdida, tal como podría apreciarse en el cese laboral, pero la no accesibilidad considero que estaría asociada a la carencia, a la falta.

Pero el ideal del yo laboral en la era digital, ya no es el mismo que el que se apreciaba hace treinta o cuarenta años. Bauman (2000) señala que el trabajo ha perdido la centralidad que le fue asignada en la era de la modernidad:

El trabajo ya no puede ofrecer un huso seguro en el cual enrollar y fijar definiciones del yo, identidades y proyectos de vida. Tampoco puede ser pensado como fundamento ético de la sociedad, ni como eje ético de la vida individual. (Bauman, 2000:p.149)

Si bien las organizaciones laborales se han ido mutando desde el tipo piramidal y autoritario, hacia modelos más flexibles donde predomina la concepción managerial, los individuos padecen graves consecuencias del accionar de aquellas. Estas transformaciones han llevado a la aparición de nuevas patologías, debido a la distancia entre el ideal del yo organizacional, del ideal del yo de la persona, que lleva en reiteradas oportunidades a que los individuos no se sientan identificados en esa organización. Pero también se puede dar que las personas internalicen el ideal del yo de la organización, provocando variadas consecuencias.

Aubert y de Gaulejac (1993) caracterizan la relación que se da entre estos, en ambos tipos de organizaciones. En las organizaciones actuales se darían varias etapas. En la primera fase el ideal del yo es una instancia interna, pero forjada a partir de elementos de la realidad externa. La organización propone una cierta forma de ser, para que el individuo se adapte a esa concepción, al ideal organizacional fundamentalmente basado en el éxito. En la segunda fase se daría el denominado contrato narcisista entre el individuo y la empresa. Señalan que de esta forma una parte del ideal del yo del individuo, vive al nivel del yo ideal, es decir que se integrarían parcialmente el ideal del yo y el ideal organizacional. Posteriormente se daría el proceso de captación del ideal del yo, por parte del ideal del organizacional, dándose en el individuo un proceso de identificación del ideal del yo, con el ideal organizacional. Sostienen que de esta forma el yo se empobrece. En la cuarta fase se daría la fusión, es decir que el ideal del yo se ha transformado en un yo ideal organizacional. En esta etapa el individuo ha interiorizado las exigencias de la organización, confortado por gratificaciones narcisistas, ante el empobrecimiento del yo. Las etapas posteriores de ruptura y hundimiento, descriptas ante la presencia de un síndrome (Burnout),

llevarían al descreimiento de la persona con la empresa, que no logra reconocimiento desde el punto de vista narcisista, afectando profundamente su ideal.

Respecto a las organizaciones autoritarias, basadas en la verticalidad de la jerarquía, el modelo se basa en la sumisión y obediencia, por tanto no se dirige al ideal del yo del individuo, sino a su superyó. No se trata de promesas de reconocimiento si se llega al ideal del éxito, sino a la amenaza de castigo ante el fracaso, lo que se busca es entonces un estado agéntico (Milgram, citado por Aubert y De Gaulejac, 1993), o sea de sumisión absoluta. El individuo se integraría en una especie de yo superyoico, donde las exigencias de la organización afectarían directamente a su superyó. El estado agéntico se produciría cuando el yo superyoico se ha fusionado completamente con el modelo organizacional autoritario.

4. El trabajo en autores neofreudianos

Algunos autores psicoanalistas posteriores a Freud, han desarrollado el tema del trabajo desde diferentes perspectivas. Perilla (2002) y Pérez Testor (2011) toman como referencia una investigación realizada por Miguel Garrido en su texto “El trabajo desde la perspectiva psicoanalítica”. En esta obra se destaca la vinculación del trabajo con la sublimación de acuerdo a lo analizado por Karl Menninger y Carl Obendorf. Señalan que el trabajo adulto se puede comprender mejor si se vincula con la actividad defensiva de la sublimación. De acuerdo a Menninger (citado por Perilla, 2002) para que el trabajo sea satisfactorio se tienen que dar algunas condicionantes: sentimientos grupales positivos entre los compañeros de trabajo, ausencia de incomodidad o fatiga excesiva, cierto orgullo respecto al producto, convicción de que el trabajo es útil y apreciado.

Pérez Testor (2011) establece que para Obendorf el trabajo se puede analizar en comparación con el juego, debido a que considera al trabajo como antítesis del juego. De esa forma afirma que las personas que ven al trabajo como algo displacentero, son aquellos que no han salido de la necesidad de recompensa inmediata, remisos a asumir la responsabilidad, refugiándose en el placer infantil que otorga el juego. La inmediatez del juego se ve en contraposición a la satisfacción diferida del trabajo. Así como en el adulto la incapacidad de trabajar es un síntoma de enfermedad, si el niño no muestra capacidad para jugar sería indicador de problemas de desarrollo. Para Erikson (citado por Perilla, 2002) el adulto se relaciona y domina el mundo a través del trabajo, por lo cual se considera que el juego en el niño es la antesala del trabajo para el adulto.

Perilla (2002) señala que dentro de los neofreudianos, se destaca el trabajo de Barbara Lantos en el que se asocia al trabajo con el juego. Pero a diferencia de Obendorf, para Lantos (citado por Perilla, 2002) el trabajo del adulto es la continuación del juego del niño. En ambas actividades existiría el placer en la actividad misma, de la cual su fuente es la gratificación autoerótica pregenital y el placer por el logro. La diferencia es que en el trabajo predominaría el placer por el logro. Para Erikson (citado por Perilla, 2002) las actitudes de predisposición al trabajo se inician en la etapa escolar, de modo que los deseos del juego van siendo reemplazados por el de completar una tarea.

Plut (2004) también incursiona analizando la vinculación entre trabajo y juego. Señala de que a partir de que el niño ubica al padre en la escala laboral, se produce la caída de este de su lugar de ideal, el niño ya no considera a su padre como rey, ni omnipotente. De esta forma el niño conquista la categoría trabajo distinta a la de juego, comenzado a comprender que la actividad laboral comprende un uso diferente del cuerpo.

Varios autores post-freudianos también retoman el tema de la sublimación, y realizan aportes desde diferentes puntos de vista. Perilla (2002) señala que Wisner hace una diferenciación entre trabajo calificado y no calificado. El autor explica el significado que tiene para el hombre el trabajo calificado y el no calificado respecto a su deseo y por medio de la sublimación. Según Wisner (citado por Perilla, 2002) la sublimación sólo es posible en el trabajo calificado, al que se equipara con el intelectual y artístico. Otro autor que realiza un análisis de la concepción freudiana de sublimación es Zuleta (citado por Restrepo, 2007), quien afirma que Freud daba gran relevancia al concepto de sublimación a lo largo de su obra, pero su idea explícita de “la desviación de la libido hacia fines socialmente aceptables” era errada.

Otra vertiente de estos autores es la que brinda Fromm (1980) en su texto “Ética y Psicoanálisis”, en la que postula que el hombre ha estado obsesionado con la idea del trabajo, la necesidad de una actividad constante, siendo la conducta de haraganear impensable. Sin embargo señala que la pereza y la compulsión al trabajo no son opuestas, sino que son dos síntomas de un trastorno. La actividad compulsiva no sería contraria a la pereza, sino su complemento, siendo opuesta a ambas nociones la productividad.

De acuerdo con Perilla (2002), los neofreudianos enfatizan en sus aportes, el rescate de la historia del sujeto en su totalidad, siendo el trabajo parte fundamental del

contexto. De todas formas tanto en Freud como en autores posteriores, se considera al trabajo como un sacrificio que debe pagar el individuo en beneficio de la civilización.

5. Trabajo y modernidad tardía

Los términos modernidad tardía o postmodernidad, podrán asemejarse o diferenciarse, pero lo cierto es que para autores como Pierre Bourdieu o Zygmunt Bauman, vivimos en una época muy diferente a la de mediados de siglo XX. Los conceptos de modernidad sólida y modernidad líquida han sido utilizados como herramienta para caracterizar ambos momentos. Bauman (2000) señala que la época de la modernidad sólida era la época del capitalismo pesado, donde se apreciaba un vínculo muy estrecho entre capital y mano de obra, siendo la fábrica su domicilio en común. Entre ambos el estado benefactor estaba presente para garantizar los derechos y obligaciones de ambos. Para los trabajadores el horizonte en general vislumbraba la vida durante muchos años en la misma empresa. La mentalidad reinante en esa época era “a largo plazo”, que correspondía con una expectativa fruto del trabajo de muchos años, del ahorro.

Pero en la actualidad las cosas han cambiado, y se establece el cambio de mentalidad, ahora es “a corto plazo”. Esto se aprecia con claridad en los cambios permanentes de empleo de los jóvenes. La flexibilidad se ha convertido en el slogan de la época. La actual versión líquida, fluida, dispersa, diseminada y desregulada de la modernidad, presagia el advenimiento de un capitalismo liviano y flotante. En estas nuevas condiciones, los lazos entre capital y trabajo se han debilitado (Bauman, 2000). En lugar de la seguridad a largo plazo, la estrategia ha pasado a ser la de la gratificación instantánea. El pasaje de una época donde la predominancia estaba en la producción, hacia la actual donde es el consumo el que prevalece, siendo esta una actividad mayormente solitaria. Con la metáfora de lo líquido, se describe una fase de la modernidad caracterizada por grandes transformaciones, entre ellas el trabajo. A los individuos se les exige flexibilidad y adaptación permanente a los cambios. La mirada a corto plazo, la búsqueda de la gratificación inmediata lleva a Bauman (2000) a señalar el fin de la procrastinación en la modernidad, y la entrada en vigencia de la inmediatez hedonista.

Para Lewkowicz (1998) se trata de una era en la que se aprecia el fin de las utopías, donde el Estado ya no es el centro regulador. El futuro se ha desvanecido, siendo sustituido por el presente caracterizado por el consumo. Los placeres imperan

como instancia legitimada. Ante el inicio de esta nueva era, parece necesario analizar como la concepción de éxito se implanta en los individuos.

5.1. El éxito y el fracaso

Tienes que triunfar, tienes que ser el mejor. Ese es el mensaje que se transmite desde las empresas, con el objetivo de lograr que sus trabajadores se sientan identificados con ella, “se pongan la camiseta” y los beneficios redunden en el aumento de la productividad. Este es uno de los mitos que señalan Aubert y De Gaulejac (1993) al describir las características del discurso de la sociedad managerial. Esa exigencia que se impone, al menos desde las organizaciones del trabajo, termina convirtiendo a sus empleados en permanentes competidores. Competidores por ocupar un lugar, un cargo, una posición requerida. Pero esa competencia puede tornarse compleja, cuando lo que está en juego es el trabajo, y cuando el riesgo de la pérdida del trabajo es real. Esa exigencia de ser el mejor es cuestionada por estos autores. ¿Por qué hay que ser el mejor?

Por otra parte se debe destacar que en el tiempo en el que vivimos, la exigencia no es sólo respecto a lo laboral. Hay que ser el mejor en lo académico, para ello se requiere tener una buena escolaridad (la que supuestamente permitirá obtener un buen empleo). No alcanza con un título universitario de grado. Hoy el requerimiento es de postgrados (maestrías y doctorados), manejar de forma solvente varios idiomas, conocer y utilizar diferentes sistemas informáticos. Esto parece convertirse en una carrera donde se promueve la colección de saberes. Pero las exigencias exceden esos ámbitos para seguir con el plano del cuerpo. Hay que cuidarlo, ejercitarlo, realizar vida sana en cuanto a la alimentación y la práctica del ejercicio físico. Nadie duda de los beneficios de llevar una vida saludable, pero el límite parece difuso. Y con esto no alcanza para ser exitoso: hay que ser buena madre, buen padre, buen amigo. Es decir que se trata de una concepción que encarna a todos los ámbitos. El ideal del éxito se impregna con vehemencia, tornándose el superyó en una instancia severa a los efectos de poder cumplir con todas las exigencias.

Araujo (2002) señala que la actualidad marca un tiempo dual, donde el éxito de unos va acompañado del fracaso de otros. Y es que parece ser para una concepción tan extrema, de que no alcanzar el éxito es estar condenado al fracaso. La sociedad va creando nuevas estrategias específicas para cumplir a toda costa el mandato de la excelencia y evitar a todo precio la exclusión. El mundo del manager y de la tecnología

impone como paradigma a nuestros imaginarios sociales el éxito. Sin embargo a la inversa la amenaza constante de la desinserción aumenta de forma considerable.

¿Cómo transita un sujeto estos espacios en esta estructura del éxito/fracaso? Esta pregunta la introduce Hernández (2013) como disparador para analizar como la búsqueda de la excelencia se convierte en un patrón a seguir, donde el error es defenestrado. Aparece la imposibilidad del error, como una utopía en la que las organizaciones dictaminan. Señala que no hay espacio para el error, para la falta, por lo que tampoco habría espacio para el deseo. Estos “mandatos” en los que se determina que la perfección es lo que debe primar, podría tener consecuencias para las personas. La internalización en el sujeto de estos “mandatos” podría convertir al superyó en una instancia exigente, en la medida que se debe acatar a la conciencia moral. Es decir que además de tener que lidiar con las pretensiones del mundo exterior, también el superyó se vuelve igual de duro.

Aguiar, Di Martino, Gremes y Paulotksy (2013), señalan que la búsqueda del éxito se pone muchas veces por encima del propósito de trabajar en lo que desea. Esta afirmación la vinculamos con algunas profesiones, en las que por varias generaciones la familia continúa con la actividad profesional, o con la empresa familiar. Marcan por otra parte el papel que determina el trabajo hoy en día en la vida de las personas, en la que la división entre días laborales y feriados se desdibuja, y la vida familiar se ve interrumpida por la intrusión de llamadas telefónicas a celulares, correos electrónicos.

¿Es igual para todos los individuos la concepción del éxito en el plano laboral? Si bien el ideal del yo laboral sigue ciertos patrones, entre los cuales se incluye la valoración del trabajo, la formación académica, la capacitación permanente, y la primacía de lo económico, no es posible establecer un único ideal. En primer lugar porque la concepción del éxito difiere en las personas, donde su procedencia del nivel socioeconómico juega un rol importante en sus creencias. Las diferencias en cuanto a la dureza o flexibilidad del superyó, permitirá que cada individuo vivencie de forma única y qué papel le asigne al trabajo en su vida.

Sin embargo en la era de las nuevas tecnologías y de Internet, de la desregulación laboral, confluyen diferentes generaciones que muestran concepciones y posturas muy disímiles en cuanto al trabajo. Así como hay una generación que se crió con una cultura del trabajo, muy influenciada por el éxito y las profesiones, hay otra que relativiza la importancia del papel del trabajo en sus vidas, donde lo que se anhela es a vivir el presente. El éxito ya no estaría ligado al trabajo estrictamente, sino

a la imagen. El ahorro ya no estaría en los objetivos, sino que sería la era del consumo. ¿Se podría realizar una analogía con las dos etapas diferenciadas dentro de la fase anal sádica? La primera parecería estar asociada a la retención y control (la valoración social del ahorro que tiene para estas personas), donde se requiere adquirir conocimientos, interiorizar los sentimientos, acatar la autoridad y por ende un superyó más severo. Para quienes el trabajo no ocupa un papel central en sus vidas, es el deseo el que marca el ritmo. El ideal se ve lleno de necesidades, donde parece estar asociado a la etapa de evacuación. Esto se refleja en el excesivo consumo, la descarga, el individualismo. Ese individualismo marcaría la necesidad de aniquilar al otro. El superyó de estas personas sería más permisivo a acatar los ideales. Pero para profundizar acerca de estas diferencias, es necesario incursionar en las características de la llamada *generación net* y sus antecesoras.

5.2. El éxito y la *generación Y*

Es cada vez más difundida en el ámbito de las ciencias sociales, la existencia de características muy particulares que se identifican en las personas nacidas en un período de tiempo determinado. Así surgen los conceptos de *generación X*, *generación Y*, y *generación Z*, aunque también se han desarrollado con otras denominaciones. Los investigadores se han tratado de poner de acuerdo, a los efectos de establecer criterios para estas categorizaciones, pero esto puede variar de acuerdo a las condiciones de cada país.

Por un lado se establece a una generación denominada *Baby Boomers* que la integrarían los nacidos con posterioridad a la segunda guerra mundial hasta mediados de la década del 60. Esta generación fue influenciada por los horrores de la guerra, y en los años 60 por la oleada libertaria de una época revolucionaria. Para ellos el trabajo era el eje a partir de lo cual construían su eje social, y la subjetividad estaba marcada por la influencia de la radio y la televisión. El trabajo consistía en una actividad que acaparaba la vida de los individuos, desde la juventud hasta el retiro. El trayecto sería un concepto que se asimila a esta etapa, en la cual los individuos ascendían socialmente en la empresa, pasando por diferentes cargos, hasta acceder a un puesto de dirección (el cuento recurrente de que el Gerente ingresó a la empresa como cadete).

Quienes integran la *generación X* son las personas nacidas mediados de la década del 60 y mediados de los 80. Para el caso de nuestro país se trata de individuos que vivieron el desmembramiento de la democracia y los gobiernos

autoritarios de la dictadura. Su ingreso al mercado laboral, coincide con una época de gran militancia sindical, producto de la efervescencia del fin de la dictadura. Ante esto se agregan los comienzos de políticas neoliberales, con privatizaciones, tercerizaciones, el multiempleo y los trabajos free lance; que marcaron cambios importantes en los procesos de trabajo y en las relaciones laborales. Esta generación también fue grabada por la influencia de la televisión, pero también iniciados en la computación.

Posteriormente estarían los nacidos entre los años 1985 y 2000, y serían los integrantes de la llamada *generación Y*. Los integrantes de esta generación nacieron en un país donde se restableció el gobierno democrático. Se trata de una época donde se vivió el auge de las nuevas tecnologías de los medios de comunicación, de la informática y de la telefonía. Estos cambios tecnológicos han introducido variantes también en la educación y en el mundo del trabajo. Ante estos eventos, los integrantes de la *generación Y* han ido ingresando al mercado laboral.

Algunos autores señalan que los más jóvenes, los nacidos con posterioridad al año 2000 serían los integrantes de la denominada *generación Z*, quienes aún no se han incorporado al mercado laboral.

Podría afirmarse entonces que la discriminación entre estas generaciones no puede establecerse con exactitud, sino que hay acontecimientos que marcarían el comienzo de la prevalencia de una y el fin de otra. Esos acontecimientos serían hechos históricos, hitos que señalarían diferencias sustanciales entre una era y otra. Sin embargo en relación a la *generación Y*, esta tiene un alcance global, con rasgos similares más allá de características particulares regionales.

Un concepto asociado a los integrantes de la *generación Y* es el de *nativos digitales*. Piscitelli (2006) señala que por primera vez en la historia, la generación de chicos actuales nacidos entre mediados de los noventa y principios del año 2000, se están introduciendo en la cultura a través de un intermediario digital, y ya no a través del papel. Y agrega en el mismo texto:

Con un agravante que el mercado de trabajo a futuro y las competencias en las organizaciones caólicas, fluidas y mutantes de hoy y mañana le dan más la razón a los jóvenes que a los padres, a los niños que a los grandes. (Piscitelli, 2006, p.180)

Esta afirmación plantea como aspecto relevante, el hecho de que el papel que jugarán los más jóvenes en el mundo del trabajo será central. De esta forma la

sociedad y el mercado premiarán a quienes dominen las herramientas informáticas al dedillo.

De forma similar a lo anterior Tapscott conceptualiza como *Generación Net*. Quienes la integran, utilizan la tecnología digital de forma diferente a como lo han hecho otras generaciones, ya que han desarrollado reflejos y comportamientos que utilizan con las computadoras, teléfonos celulares y otros aparatos (Gómez, 2011). Se cuestiona la idea de la existencia de una brecha cultural o brecha cognitiva, entre la *generación net* y sus predecesoras.

Ante esto habría que cuestionar cual sería el paradigma del éxito para las nuevas generaciones, y qué diferencias habría con las generaciones anteriores.

Novoa (2013) escribe un artículo acerca de las características de la *generación Y*, para ello consulta a Pablo Maison vicepresidente de Recursos Humanos para América Latina de una empresa Multinacional. Maison señala que la dimensión laboral no es la más importante para quienes integran la llamada *generación Y*, mientras que para las generaciones anteriores, que integran la denominada *generación X*, las personas construían su vida social desde el trabajo. En la medida que ya no tiene la relevancia que tenía para otros, también es menos importante cambiar de empleo o perderlo. Sostiene además que la *generación Y* demanda otra cosa, se pide hoy, presente, nada de futuro.

Para los *Millennials* (otra forma en la que también se denomina a quienes integran esta generación) lo laboral es una dimensión más entre otras, y al correrse la dimensión laboral del centro, el trabajo pasó a ser menos relevante en la vida de los jóvenes. La *generación X* es más competitiva e individualista, siendo esto un aspecto que rechazan los integrantes de la *generación Y*, ya que estos jóvenes cuestionan el modelo de éxito de las generaciones anteriores. Si para los miembros de la *generación X*, el éxito es un largo recorrido que requiere grandes esfuerzos, y una clara discriminación entre lo laboral y la vida privada, para los integrantes de la *generación Y* sus ideales difieren. No se aceptan las visiones que postulan la relevancia del esfuerzo, se requiere de resultados a corto plazo. La búsqueda de condiciones laborales más permisivas (flexibilidad de horarios, en la vestimenta, entre otras), muestra que la asimetría entre el trabajo y ocio se van achicando. Ejemplo de ello es la redimensión de espacios laborales en el área de tecnología, donde se pone como modelo a la empresa Google por sus condiciones laborales.

5.3. El éxito y las patologías asociadas al trabajo

El mundo managerial no habla de disfunciones humanas. He aquí alguna de las reflexiones que Aubert y De Gaulejac (1993) realizan acerca de las actitudes provenientes de los directivos de las empresas en la sociedad actual. Si bien algunos de ellos reconocían padecer estrés, lo adjudicaban a su vida personal, deslindando su origen al trabajo. Es como si admitir estar padeciendo alguna afección, convertiría a la persona en inepta o ineficaz. Se requiere que el individuo sea perfecto, donde lo que se busca es la calidad total y la excelencia, ante una competencia feroz. Cuando las tensiones entre la organización y las aspiraciones individuales son muy fuertes, se daría lo que los autores han denominado “las enfermedades de la excelencia” (Aubert y De Gaulejac, 1993). Algunas personas se vuelven más accesibles a la “tentación de la excelencia”, donde el fracaso no es una opción posible, provocando una tensión constante entre el yo y el ideal del yo. Estas personas buscan la excelencia por sobretodo, siendo esta una de las características de una personalidad narcisista, típico de la sociedad managerial. La búsqueda de la realización personal donde la empresa es el centro de todo, marcaría que estos individuos necesitan el éxito para sentirse vivos, para ser ganadores y no ser perdedores.

Para estos autores (Aubert y De Gaulejac, 1993) la enfermedad específica de la sociedad de la excelencia, es el Burnout o la quemadura interna. Caracterizan a esta enfermedad con la particularidad que afecta generalmente a personas que alimentan un elevado ideal, y que han puesto todo su empeño en alcanzar ese ideal, por ello la denominan como la enfermedad de la idealidad. En estas personas el sentimiento de quemadura interna se instala de a poco, y como rasgo marcado se trata de personas que en gran parte de su vida han sido optimistas, alegres, pero que de a poco comienzan a sentirse apáticas. En estas personas el costo elevado del éxito, lleva a que se exijan cada vez más de sí mismos, consumiendo la energía. Lo nuevo de este fenómeno estaría dado por el carácter excesivo de las exigencias internas, por lo cual el superyó se ha convertido en una instancia en la que se presenta como una orden del éxito, como un mandato a seguir. Si bien las empresas juegan su rol con los mensajes que se envían, estos sistemas sólo pueden funcionar con la complicidad del ideal del yo de cada uno de sus trabajadores. Las organizaciones laborales podrán establecer sus objetivos de perfección y excelencia, utilizar la manipulación como recurso, pero no hay duda que estos individuos autoexigentes encuentran en esta dinámica cierta satisfacción. El éxito lleva al reconocimiento, a existir. Cuando en algún momento la persona ya no siente el reconocimiento, se iniciaría todo un proceso que llevaría a un distanciamiento entre los

objetivos personales y los organizacionales, con toda una suerte de consecuencias y síntomas nocivos.

Ser un perdedor o ganador se definiría entonces por el éxito social alcanzado, generándose en la sociedad una bipartición de dos elementos claramente diferenciables: ganadores y perdedores (Bleichmar, 2001). Ser un “winner” es un anhelo y además al mismo tiempo evitar a toda costa la angustia del otro constituido en “loser”. Ya no se trata ser ganador de un concurso, un sorteo, sino “un ganador” es decir alguien que pasa a pertenecer a una categoría de individuos que los diferencia. Evitar a toda costa ser un perdedor, es evitar la estigmatización de la sociedad.

Para Resnicoff (2000) la cultura moderna promueve ciertas actitudes narcisistas que conllevan la pérdida de valores, estimulan la competencia y jerarquizan el éxito. La cultura hipervalora el éxito, considerando que ser exitoso es ser el mejor, el más valioso y merecerlo todo. Destaca también que en esta época se da la estimulación a lo exhibicionista, donde el éxito está para ser mostrado, ser admirado y valioso. El ser significa “ser alguien”. Los individuos con carácter narcisista están en la permanente búsqueda de amor y admiración, pero sin devolución ya que sólo se interesan en sí mismos. Y si no logran el reconocimiento de que son valiosos, su sentido de identidad está en crisis.

De Gaulejac (2008) analiza el sufrimiento psíquico en relación al trabajo, afirmando que es el resultado de la internalización de las exigencias de la realidad laboral de hoy en día. Los individuos se ven sumergidos en el acoso permanente, atrapados por la urgencia, por la tensión de la cultura del alto rendimiento, en la carrera del siempre más, estando todo el sistema en tensión. Estas personas han interiorizado de tal forma las exigencias de la empresa, que se responsabilizan con frases como “yo soy el que no sirve”, “no estoy a la altura de las circunstancias”, siendo esta la definición de la depresión, cuando el Yo ya no se siente a la altura del Ideal del yo. El modelo de la excelencia por tanto es productor de dos fenómenos: la depresión y la exclusión, siendo estos síntomas de las sociedades actuales.

En la misma línea que estos autores se encuentra Melamed (2006) quien describe a cierto tipo de organizaciones laborales como depredadoras, siendo estas responsables de los efectos negativos producidos en la salud de los trabajadores. La depredación se vislumbra en las demandas excesivas hacia los individuos, en empresas que están alineadas con la competitividad, necesaria para subsistir para afrontar momentos de crisis. La depredación naturaliza la sobreimplicación como modalidad de trabajo legítima en las empresas. Pero a diferencia de otros autores que

culpan a la sociedad moderna y las empresas, para Melamed el fenómeno de la depredación es un fenómeno que no es deseado ni buscado por las empresas. Parecería ser entonces la propia vorágine de la competencia, del éxito, la que ha provocado la aparición de este fenómeno. Es relevante además el análisis que realiza acerca de cómo la alta exigencia laboral produce el fenómeno llamado estrés, una de las patologías considerada más significativa asociada al mundo del trabajo.

¿Influirán de igual manera estas prácticas que contienen cierta dosis de indignidad? Para ello parece lógico remitirse a las clasificaciones de *generación X*, *Y*, etc. ¿Qué ocurre en los más jóvenes cuando los objetivos organizacionales no se acercan a las metas personales? Algunos terminan cambiando de empleo, aunque eso no significa necesariamente que la concepción dominante de éxito no los atañe. Pero el éxito no está atado al de una empresa, sino a su ideal del yo. Otros no tendrán oportunidades de obtener un nuevo empleo, pudiendo generarse situaciones displacenteras.

Para Lewkowicz (1998) vivimos en una era donde lo que prima es el placer, dándose un desplazamiento temporal desde el futuro al presente. Pero el placer está ligado al consumo, implantándose la lógica del consumidor, siendo placentero todo aquello que lo confirme y satisfaga en sus gustos y preferencias. Si el éxito está ligado al consumo, es entendible ver las situaciones patológicas asociadas a la falta, a la carencia de acceder a esos bienes o servicios. Si la distinción entre público y privado se ha ido difuminando, si lo que se promueve es la exhibición, donde todo parece ser una vidriera a la que se aspira llegar, el costo que deben pagar los individuos parece muy elevado.

En relación a las patologías asociadas al trabajo, Plut (2000) analiza la relación entre la organización del trabajo y subjetividad. Sostiene que si bien las organizaciones generan paradojas, no significa que necesariamente generen patologías. Las contradicciones, la paradoja en los mensajes que se transforman en exigencias están a la orden del día. Pone como ejemplo una publicidad gráfica en la que se expresa: “en la nueva economía de internet el temor al fracaso es reemplazado por el pánico al éxito”. La ligazón entre éxito y pánico evidencia un tipo de desarrollo afectivo que impregna la organización del trabajo.

Otra de las patologías que ha sido descripta asociada, es la adicción al trabajo. Abraham (citado por Plut, 2000) analizó el texto de Ferenczi “Las neurosis de los domingos” y concluyó que aquellos que recurren a la sobrecarga de trabajo, lo hacen para protegerse de las exigencias pulsionales. De esta forma el trabajo no parece

estar igualado a valor supremo, lo sublime, sino a una actividad que sirve como herramienta o mecanismo que frena los embates del ello. La adicción al trabajo sería entonces un mecanismo de defensa, con el fin de evitar el desborde provocado por una tensión que busca la descarga.

Dejours (2007) señala que lo que se denomina como “workholism” designa una conducta y una causa precisa: la compulsión, la dependencia respecto al trabajo y la incapacidad de concederse y gozar del tiempo libre y el descanso. Describe tres concepciones existentes acerca de la etiología de la hiperactividad. La primera que denomina “captura gerencial”, refiere a la cultura empresarial que ofrecería a sus trabajadores promesas de éxito y realización, a cambio de la adhesión a los valores promovidos. Una segunda concepción es la que denomina “los procedimientos autocalmantes”, en la que se señala que sólo algunos sujetos predispuestos correrían el riesgo de la hiperactividad. Se trataría de individuos con pobreza de imaginación y que la hiperactividad puede en ciertas condiciones tener un papel calmante. Una tercera concepción pone el acento en el sufrimiento proveniente del trabajo. El trabajador se auto-acelera o intensifica su esfuerzo, consiguiendo ocupar con la actividad y eliminar todo pensamiento que no tuviera como fin la producción.

Para Pérez Testor (2011) la adicción al trabajo es otra forma de alienación. Si bien se trata de un fenómeno que se apreciaba mayormente en los hombres, en la actualidad se aprecia también de igual forma en las mujeres. El adicto al trabajo es aquel que le dedica a su empleo más tiempo del que se le exige. Sin embargo la cuestión no estaría en la cantidad de horas, sino en lo cualitativo en la medida que el trabajo se conforma como núcleo central de la vida. La imposibilidad de disfrutar del tiempo libre, del ocio nos habla de la dificultad de los individuos para separar su vida personal del trabajo.

Pero esta patología muchas veces es inducida por las organizaciones, que demandan de sus trabajadores un tiempo de dedicación, que excede al que se establece en el contrato de trabajo. Se pide que siempre esté disponible, que esté conectado ante la posibilidad de requerirlo. Así mismo Plut (2006) señala que ciertas condiciones de trabajo como ser excluido de ciertos círculos, ciertas contradicciones o la amenaza de desempleo, pueden potenciar ciertas disposiciones a la adicción al trabajo. El sufrimiento que generarían estas condiciones, promoverían un aumento de la productividad, donde la incertidumbre, la inseguridad llevarían a que los individuos produzcan más. El resultado sería un estado de apatía, en el cual la persona se ve

imposibilitada de tramitar tanto las exigencias pulsionales, las exigencias del superyó y de la realidad.

5.4. El éxito y el desempleo

En esa contraposición entre éxito y fracaso, muy unida a la bipolaridad entre ganadores y perdedores, el fenómeno del desempleo está presente visto desde varias perspectivas. Para quienes consideran al trabajo como una actividad de gran valor, donde se despliegan toda una serie de energías e intereses, la pérdida del trabajo provocará angustia. Si ocupar un rol, una posición de privilegio en una organización es sinónimo de éxito, entonces el desempleo lo traslada al otro polo: el fracaso. Es por ello que se analiza la desocupación como una angustia traumática.

Aguiar (1997) señala que la amenaza de la desocupación funciona como chantaje social, que presiona para que los individuos acepten cualquier tipo de condiciones de trabajo. Pero ese acatamiento no garantiza la permanencia de por vida en ese lugar. Para ello las organizaciones emplean otros argumentos, otras estrategias, haciendo que cada vez más el desempleo sea vivido como una crisis individual, despojado de su dimensión social. He aquí el concepto que introduce De Gaulejac (2008) señalando lo que la cultura del alto rendimiento de la empresa, provoca en los individuos. Estos internalizan los objetivos organizacionales, y se culpabilizan alegando no estar a la altura de los requerimientos de la empresa. Es esperable entonces que estas personas transfieran la responsabilidad de otros a sí mismos, asumiendo la culpa por la situación de desempleo. Es lo que Aguiar (1997) describe como victimización secundaria, es decir que además de la violencia padecida por haber perdido el empleo, se agrega la culpabilización por parte de los organismos del poder. Así aparecerían mitos asociados a las causas de la desocupación, por ejemplo que se debe a la escasa capacitación de los individuos, o la idea que sostiene que la flexibilidad laboral permitirá la generación de nuevos empleos. Como señala Bauman (2000) aparecen los achicamientos, reestructuras, racionalizaciones, fusiones que buscan la eficiencia, siendo la flexibilidad el slogan del momento.

Benedetti (2002) señala que en el desempleado, el ideal del yo formado sobre objetos amados está quebrado, fragilizado. Aparecería la culpa frente al superyó exigente. Ese ideal del yo como instancia de la personalidad, resulta de la convergencia del narcicismo y las identificaciones con los padres, sustitutos e ideales colectivos.

La aparición de la categoría de excluido, coexiste con la culpa que se asume muchas veces por parte de los trabajadores. Se lo asocia como vago, perezoso, a la incapacidad personal, a un problema psicológico del individuo. De acuerdo a lo que señala Buendía (1990) la mirada de la gente al desempleado no es inocente, implicando una serie de ideas negativas vinculadas al ocio, descuido, inutilidad, resignación. El pertenecer a esa categoría produce humillación, vergüenza, debido a la imagen con la cual se percibe al desempleado. La desocupación dejaría de ser un problema de políticas económicas, sino culpa de la persona (Ruiz, 2002). Esa transferencia de responsabilidades, la internalización de la culpa, llevaría a acercar a la persona hacia el fracaso, la exclusión. Y por ello muchas veces se oculta, se calla debido a la sensación de frustración que se siente. Es lo que Ruiz (2002) describe acerca de ciertas características de los desempleados adultos de entre 40 y 55 años, provenientes de sectores de buen nivel adquisitivo, y con buena formación académica (fundamentalmente hombres). El silencio demostraría que estos individuos no pueden presentar su “yo actual”, a nivel de su grupo social, donde lo que prima es la vergüenza, la culpa. Se trataría de individuos en los cuales el superyó parece caracterizarse por su severidad. Aguiar (1997) muestra la vinculación que para este grupo etéreo y de género tiene el trabajo y el poder simbólico del dinero. Trabajar y ganar dinero está pautado socialmente para el varón, por lo cual si no aporta dinero se siente castrado, siente que no es nada.

Son varios los autores desde la psicopatología del trabajo, que han analizado los efectos que produce el desempleo en la salud de los individuos, en sus familias, en su relación de pareja. La visión de Araujo (2000), Aguiar (1997), Buendía (1990), Plut (2004), Pérez Téstor (2011), Jahoda (1987) muestra coincidencias en los autores, al señalar la ruptura en el trabajo como una situación traumática. Los individuos se ven trastocados, modificándose la rutina familiar, el trabajo ya no sería el reloj que impone los ritmos. Quedarse sin trabajo significaría estar excluido, estar fuera, quedarse sin un lugar. El desempleado cuenta ahora con tiempo libre, pero es un tiempo libre forzoso en su esencia, para la persona carece de sentido y que amenaza con extenderse a otras áreas de su vida (Lieberman, 2005).

Asistimos en la actualidad al triunfo de un doble paradigma, de acuerdo a lo que señala Araujo (2002). Por un lado el paradigma utilitario, en el cual se instaura la lógica bipolar ganadores y perdedores, tanto a nivel laboral como a nivel del mercado. Para existir socialmente hay que dar pruebas de utilidad al mundo. Por otra parte el paradigma institucional identitario, en el cual para existir hay que ser reconocido por las instituciones-empresas que otorgan un lugar. Quienes no logran cumplir con

ambos paradigmas se introducen en una lógica de desestructuración económica, social y simbólica. Los individuos estarían cada vez más aislados, en la lucha por adquirir un espacio de éxito social.

Pero para los integrantes de la *generación Y*, estos paradigmas parece no involucrarlos. Los jóvenes ya no quieren dar pruebas pensando en el futuro, quieren el ahora. Tampoco les interesa ocupar un cargo de decisión en la organización, si eso los “ata” a la misma, sino que quieren cumplir sus ideales, sus deseos (muchas veces asociados al consumo) y esto está directamente ligado con la rotación de personal que se aprecia en los trabajadores jóvenes. ¿Es el fin de la concepción del éxito? Parecería que hay un corrimiento de la noción del éxito desde lo sociolaboral, hacia lo individual. Es como una vuelta hacia sí mismo, hacia esa imagen contemplativa de Narciso, en la que la exhibición y el consumo se instauran como prácticas individuales. Pero en esas prácticas no se anula al otro. Se requiere del reconocimiento del otro, para no padecer, para sentirse valioso.

Maison (citado por Novoa, 2013) señala que esto lleva a que las empresas deban recurrir a nuevas estrategias para llegarle a los más jóvenes, de acuerdo a sus intereses. Pero las transformaciones que se han dado en la organización del trabajo, han estimulado el trasvase de lo colectivo a lo individual. Sennet (citado por Hernández, 2013) señala que todo es a corto plazo, los trabajos se presentan como proyectos temporales, cada vez ocupa mayor espacio el trabajo independiente, freelance.

Pero si el trabajo ha perdido su centralidad, como actividad que regula a los individuos: ¿Qué otras posibilidades de sublimación disponen los individuos?

6. Conclusión

La inexistencia de una profundización de Freud al tema del trabajo, así como también la falta de un texto específico y una teoría acabada de la noción de sublimación, no reniega de sus aportes. La teoría psicoanalítica como disciplina incipiente a comienzos del siglo XX, se desarrolló de forma metódica a través de una retroalimentación de la clínica y la teoría. El análisis de los casos clínicos permitió la introducción de conceptos que se generalizaron como parte de una teoría, ante la emergencia de ideas renovadoras acerca del psiquismo y de la sexualidad humana. El Psicoanálisis se convirtió no sólo en una teoría, sino en un movimiento que promovió sus ideas para darle el carácter de ciencia. El contexto sociopolítico europeo, hacía poco probable que Freud y sus colegas se inmiscuyeran en un análisis más exhaustivo

a la problemática del trabajo. Tal vez porque otros males asolaban al viejo mundo, como las guerras, o porque desde el punto de vista político la dicotomía de ideologías, hacía más aceptable al Psicoanálisis dentro del ámbito académico y médico, si se mantenía al margen de ellas.

Sin embargo autores posteriores retomarán las ideas freudianas de sublimación, inhibición, la teoría pulsional, entre otras, para vincularlas con el trabajo. La noción de sublimación ha sido señalada como relevante, a la hora de asociarla con el trabajo y con la creatividad. El concepto de sublimación en Freud no parece vincularse de forma estrecha a la actividad laboral, en la medida que queda acotado a un tipo de trabajo especial, aquel relacionado con el arte, con lo intelectual, y con el desarrollo de la ciencia. De todas formas los autores ulteriores le dan al concepto de sublimación un papel de relevancia, tal vez dotándolo de un panorama más abarcativo respecto a lo que lo había hecho Freud. Probablemente esto se deba a que a comienzos del siglo XX, la primacía del tipo de trabajo era fabril, mientras el trabajo calificado quedaba reducido a una minoría de trabajadores.

Las radicales transformaciones tecnológicas de los últimos años, han provocado lo que algunos autores han llamado el advenimiento de la era de la postmodernidad o modernidad tardía. Una era marcada por la fluidez, la flexibilidad, donde el paradigma de la excelencia parece intentar instalarse con mucha fuerza, promovido por la sociedad managerial. El éxito como objetivo primordial se planta en todos los ámbitos de los individuos, donde la exigencia de ser exitoso los obliga a conseguirlo a toda costa con tal de evitar la exclusión. Ante esto se produce el choque de intereses opuestos, el ideal del yo de las organizaciones, y el ideal del yo de las personas; y por el contrario el empobrecimiento del ideal del yo, ante la internalización del ideal del yo organizacional. La imposibilidad de cumplir con todos los mandatos, daría cuenta de un tipo de patología descrita por Aubert y De Gaulejac (1993) surgida en las sociedades de la excelencia: trastorno narcisista.

Pero la actualidad marca un tiempo complejo, debido a que algunos cambios en la humanidad, han llevado a que las nuevas generaciones hayan nacido prácticamente con la tecnología desde la cuna. Varias acepciones como *generación Y*, *generación net*, *nativos digitales*, *millenials*, describen a los jóvenes nacidos en un período de tiempo, donde la familiarización con ciertos objetos de alta tecnología la hacen diferente en su forma de pensar y actuar. Es por ello que se señala que para ellos el trabajo ya no tiene el papel central que tenía para sus antecesores. El ideal del yo laboral sería muy diferente al de las generaciones anteriores, lo cual de alguna

forma hace poner en duda la creencia de la imposición de parte de las empresas de un ideal organizacional. Algunos autores señalan que las organizaciones se adaptan a los requerimientos de las nuevas generaciones, con el objetivo de retener los talentos. Se trata de estrategias empresariales ante la paradoja visible: por un lado el ideal organizacional de la excelencia, que promueve la competencia, es decir el éxito cada vez más individual, y por otro lado los jóvenes que interiorizan los ideales de competencia, individualismo, éxito, pero no necesariamente ligado a esa empresa. Un ejemplo claro sería la tribu urbana denominada los “ni ni”, aquellos jóvenes que ni trabajan ni estudian. Queda en evidencia que para ellos el trabajo no está en sus planes, estando lejos de su ideal, donde el tiempo del ocio se transforma en el eje de sus vidas.

Se aprecian por tanto algunas contradicciones que no son posibles resolver. Estamos en la era del consumo desenfrenado, donde cada vez más se reducen los tiempos de cambio de las mercaderías, siendo necesario el dinero para acceder a esos nuevos productos o servicios. Y para llegar a obtenerlos, el trabajo es la “vía natural”. Sin embargo algunos autores señalan que el trabajo ha perdido la centralidad, como eje articulador en la vida de las personas. En este modelo el trabajo es sólo un medio para obtener algo, sin importar la autorrealización. Los nuevos modelos más flexibles de las organizaciones laborales, permitirían cumplir con algunas demandas de los integrantes de la denominada *generación Y*. De todas formas esa flexibilidad parece ser relativa, ya que en variadas oportunidades no se logra discriminar claramente lo laboral de la vida privada familiar. Parecería ser como la metáfora del chicle, que con su textura flexible se extiende mucho, sin embargo es pegajoso, convirtiéndolo en algo difícil de despegar.

El tiempo donde la concepción del ahorro estaba íntimamente ligada al trabajo con miras al futuro, se ha sustituido por una época en la que prima el presente, el despilfarro del consumo y la búsqueda del éxito que resulta ser momentáneo, efímero.

Referencias bibliográficas

- 1- Aguiar, E. (1997). La desocupación: Algunas reflexiones sobre sus repercusiones psicosociales. *Revista de Psicología y Psicoterapia de grupo*. T.XX, (1). Recuperado de:
<http://www.psicomundo.com/foros/trabajo/desocupacion2.htm>
- 2- Aguiar, E, Di Martino A., Gremes, R., Paulotsky, G. (2013, 15 de agosto). El deseo de trabajar. *Página 12*. Recuperado de:
<http://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-226781-2013-08-15.html>
- 3- Araujo, A. (2002). *Impactos del desempleo*. Montevideo: Argos Ediciones Alternativas.
- 4- Aubert, N. y De Gaulejac, V. (1993). *El coste de la excelencia*. Barcelona: Paidós.
- 5- Bauman, Z. (2000). *Modernidad Líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura económico.
- 6- Benedetti, A. (2002). El golpe... ¿Sólo en la nuca? En Araujo, A. *Impactos del desempleo* (pp.171-196). Montevideo: Argos Ediciones alternativas.
- 7- Bleichmar, S. (2001, mayo). Losers y winners, entre la excusa y la justificación. *Revista Topia*, (30), 9. Recuperado de:
http://www.topia.com.ar/sites/default/files/files/revista/pdf/mayo_2001_com.pdf
- 8- Bornhauser, N. y Ochoa, D. (2013). *Los derroteros de la sublimación en la obra freudiana*. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, Volumen 32 (116). Madrid. Octubre-diciembre 2012. Recuperado de:
<http://www.redalyc.org/pdf/2650/265025475007.pdf>
- 9- Buendía, J. (1990). Psicopatología del desempleo. *Revista Anales de Psicología*, Vol. 6, (1). Universidad de Murcia. Recuperado de:
www.um.es/analesps/v06/v06_1/03-06_1.pdf
- 10- Chiavenato, I. (1994). *Administración de recursos humanos*. Bogotá: McGraw-Hill.

- 11- De Gaulejac, N. (2008). *Sobre el coste de la excelencia*. Conferencia realizada en Buenos Aires el 28 de octubre 2008. Recuperado de: http://mastor.cl/blog/wp-content/uploads/2015/05/Gaulejac-El_costo_de_la_excelencia.-De-Gaulejac.-Conferencia-2008.-pdf.pdf
- 12- Dejours, C. (1992). *Trabajo y desgaste mental. Una contribución a la psicopatología del trabajo*. Buenos Aires: Editorial Humanitas.
- 13- Dejours, C. (2007, Agosto-octubre). La hiperactividad profesional: ¿Masoquismo, compulsividad o alienación? *Revista Topia*, Año XVII (50), 15-18. Recuperado de: <https://www.topia.com.ar/articulos/la-hiperactividad-profesional-%C2%BFmasoquismo-compulsividad-o-alienaci%C3%B3n>
- 14- Doucet, F. (1975). *Diccionario del Psicoanálisis clásico*. Barcelona: Editorial Labor.
- 15- El Castellano.org, (S.F.) Recuperado de: <http://www.elcastellano.org/palabra.php?q=trabajo>
- 16- Engels, F. (2000, noviembre). *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*. Recuperado de: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/1876trab.htm#topp>
- 17- Freud, S. (1904). *El método psicoanalítico. Obras completas*. T.VII. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- 18- Freud, S. (1905). *Tres ensayos de teoría sexual. Obras completas*. T.VII. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- 19- Freud, S. (1914). *Introducción del narcisismo. Obras completas*. T.XIV. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- 20- Freud, S. (1917). *Conferencia XX. Obras completas*. T.XVI. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- 21- Freud, S. (1923). *El yo y el ello. Obras completas*. T.XIX. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- 22- Freud, S. (1926). *Inhibición síntoma y angustia. Obras completas*. T.XX. Buenos Aires: Amorrortu editores.

- 23- Freud, S. (1927). *El porvenir de una ilusión*. Obras completas. T.XXI. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- 24- Freud, S. (1930). *El malestar en la cultura*. Obras completas. T.XXI. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- 25- Fromm, E. (1980). *Ética y Psicoanálisis*. México: Fondo de cultura económica.
- 26- Gómez, R. (2011). Reseña de “la era digital. Como la generación net está transformando al mundo” de Don Tapscott. *Revista culturales*, Vol. VII (13), 177-183. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=69418365009>
- 27- Hernandez, A. (2013). El trabajo en la actualidad y su impacto sobre las subjetividades: una mirada psicoanalítica. *En: Compilación de textos, jornadas de investigación de profesores de sociología. Centro de estudios sociológicos*. Facultad de Ciencias Políticas y sociales. Universidad Autónoma de México. México.
- 28- Jahoda, M. (1987). *Empleo y desempleo: Un análisis psicosociológico*. Madrid: Morata.
- 29- Laplanche J., Pontalis J.B. (1993). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Editorial Labor.
- 30- Laplanche, J. (1998). Tres destinos del mensaje enigmático. Conferencia realizada en Gramado del 1 al 3 de agosto de 1998. *Revista uruguaya de psicoanálisis (en línea)*, (89). Recuperado de: www.apuruguay.org/apurevista/1990/1688724719998912.pdf
- 31- Lewkowicz, I. (1998, Noviembre-marzo). La política, un placer olvidado. *Revista Topia*, Año 7 (21), 11-12. Recuperado de: <http://www.topia.com.ar/articulos/la-pol%C3%ADtica-un-placer-olvidado>
- 32- Liberman, A. (2005, julio-setiembre). El desempleo como nueva categoría clínica. Recuperado de: caibco.ucv.ve/caibco/vitae/VitaeVeinticuatro/AVEPSI/.../Liberman.pdf
- 33- Marcuse, H. (1983). *Eros y Civilización*. Madrid: Sarpe.

- 34- Marx, K. (1994). *Selección de lecturas de Tomo I El Capital*. Montevideo: Facultad de Ciencias Económicas y Administración, Universidad de la República.
- 35- Mejía, M. (1999). *El ideal del yo bajo la tutela del superyó*. Recuperado de: <http://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5029960.pdf>
- 36- Neffa, J. (1990). *El proceso de trabajo y la economía del tiempo*. Buenos Aires: Editorial Humanitas.
- 37- Novoa, C. (2013, 18 de octubre). La Generación Y cuestiona el éxito al "estilo X" y plantea nuevas demandas a las empresas. Recuperado de: <http://www.iprofesional.com/notas/171642-La-Generacin-Y-cuestiona-el-xito-al-estilo-X-y-planteta-nuevas-demandas-a-las-empresas>
- 38- Pérez Testor (2011). Aportaciones psicológicas a la difícil conciliación entre vida familiar y laboral. *Revista Familia*, (43), 39-50. Universidad Pontificia de Salamanca. Recuperado de: <http://summa.upsa.es/viewer.vm?id=0000030606&page=1&search=&lang=es&view=main>
- 39- Perilla L. (2002). *Psicoanálisis y Trabajo. Una reflexión sobre los estudios psicoanalíticos referentes al tema del trabajo*. Recuperado de: www.bdigital.unal.edu.co/1296/5/04CPI03.pdf
- 40- Piscitelli A. (2006). Nativos e inmigrantes digitales. ¿Brecha generacional, brecha cognitiva, o las dos juntas o aún más? En: *Revista mexicana de investigación educativa*, Vol. 11 (28), 179-185. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=14002809>
- 41- Plut, S. (1996). Trabajo y Psicoanálisis. Sobre la significatividad anímica de la vida laboral. Recuperado de: <http://www.psicomundo.com/foros/trabajo/significatividad.htm>
- 42- Plut, S. (2000). Trabajo y Psicoanálisis. Redimensión del concepto de estrés a la luz del psicoanálisis. Recuperado de: <http://www.psicomundo.com/foros/trabajo/stress.htm>
- 43- Plut, S. (2004). Trabajo y Psicoanálisis. Duelo y trauma del desempleo. Recuperado de: <http://www.psicomundo.com/foros/trabajo/desempleo.htm>

- 44- Plut, S. (2006). Nuevas perspectivas en psicopatología del trabajo. *Revista científica de Uces*. Vol.VI, N°1. Recuperado de:
http://dspace.uces.edu.ar:8180/xmlui/bitstream/handle/123456789/358/Nuevas_perspectivas_en_psicopatol..pdf?sequence=1
- 45- Resnicoff, B. (2000, mayo-agosto). Psicoanálisis, contexto cultural y narcisismo. *Revista Topia*, (28), 22-25. Recuperado de:
http://www.topia.com.ar/sites/default/files/files/revista/pdf/revista_topia_18_-_el_poder_de_los_ideales.pdf
- 46- Restrepo, O. (2007, octubre). Estanislao Zuleta y el Psicoanálisis. *Revista Pensamiento y Psicoanálisis*, Año 2 (4 y 5). Recuperado de:
<http://pensamientoypsicoanalisis.com/wp-content/uploads/2014/02/Revista-pensamiento-y-psicoan%C3%A1lisis-4-y-5.pdf>
- 47- Rodríguez, M. (1990, abril). A propósito de la sublimación. *Revista intercambio*, (10), 9-12. Publicación de Audepp (Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica).
- 48- Ruiz, M. (2002). Desde lo real a lo identitario, las caras del desempleo. En Araujo, A. *Impactos del desempleo* (pp.121-170). Montevideo: Argos Ediciones alternativas.
- 49- Schvarstein, L. y Leopold, L. (2005). *Trabajo y subjetividad. Entre lo existente y lo necesario*. Buenos Aires: Paidós.
- 50- Sopena, C. (1990). La cuestión de la sublimación. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis (en línea)*, (71). Recuperado de:
www.apuruguay.org/apurevista/1990/1688724719907105.pdf
- 51- Tappan, J. (2011, 8 de mayo). La sublimación. En *Revista Carta Psicoanalítica*, (16). Recuperado de:
<http://www.cartapsi.org/spip.php?article289>